

Liliana Barg
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional de Cuyo

Kant y la modernidad: un enfoque desde el Trabajo Social

Resumen

En el trabajo se pretende analizar las principales categorías sobre las que se fundamenta la modernidad, a través del pensamiento de Kant.

El núcleo del proyecto moderno es la idea de universalidad, individualidad y autonomía, que junto a la distinción entre hombre y Naturaleza y su interrelación, dan origen a la perspectiva de la razón emancipadora.

Los debates filosóficos de la época incorporaron una mirada sobre los problemas sociales y resultan de singular importancia para demostrar que el Trabajo Social en su origen tuvo un claro carácter antimoderno.

Las primeras organizaciones donde encontramos los antecedentes de la profesión avanzan con un carácter conservador, mediado por una alianza entre burguesía, iglesia y estado, aceptando el modo capitalista de producción y de pensar a través de prácticas tutelares, disciplinarias y moralizantes que aún perduran en la actualidad y que se alejan del pensamiento originario de Kant.

Introducción

El peso del conservadurismo antimoderno en el Trabajo Social, que, podemos decir, aún perdura en algunas prácticas profesionales, es un punto de partida que nos impulsa a profundizar el análisis del proyecto de la modernidad en el que Emanuel Kant ha tenido, sin lugar a dudas, un papel central.

Kant tuvo una influencia innegable en el pensamiento de la humanidad porque examinó las principales categorías sobre las que se fundamenta la modernidad: universalidad, individualidad y autonomía, que junto con la distinción entre hombre y Naturaleza, su interrelación y la perspectiva de la razón emancipadora, constituyen el núcleo del proyecto moderno.

Vamos a considerar del texto *En defensa de la Ilustración*, los artículos que consideramos condensan su pensamiento político: "Respuesta a la pregunta: Qué es la Ilustración?" (1784), "Idea de una historia universal con propósito cosmopolita" (1784) y "Para la paz perpetua. Un esbozo filosófico" (1796).

Los debates filosóficos de la época incorporaron una mirada sobre la problemática social por lo que resulta de singular importancia una aproximación al análisis de este proceso, a fin de reflexionar acerca de la construcción de las categorías vinculadas a las matrices originarias del Trabajo Social.

1. El filósofo

La filosofía de Kant (1724-1804) fue considerada como la filosofía moderna por antonomasia, ya que asume las nuevas problemáticas e ideas surgidas con el siglo de las luces. No se desentiende de las tendencias de la vieja metafísica, del interés por Dios, el alma, la inmortalidad, la libertad, los valores morales y el mundo suprasensible, sino que trata de comprenderlos de forma nueva.

"El mayor mérito de Kant consiste quizás en sus logros en el terreno de la ética, o sea en su *Crítica de la razón práctica*. El eudemonismo y utilitarismo ingleses estaban falseando el sentido del bien moral y diluyendo la moral en el flujo del devenir de los hechos históricos y sociales, con el peligro de que la ética se convirtiera en simple sociología. Frente a esa desintegración, Kant dio marcha atrás emprendiendo una interpretación original de la pureza y de la absolutez de la moral." (Hirschberger, J., 1998:222). En este sentido consideramos que Kant no quiere ofrecer sólo una teoría del conocimiento, sino que se propone construir una nueva metafísica y en su *Crítica de la razón práctica*, o sea en su ética, sigue rutas completamente distintas de los caminos de

los empiristas y quiere fundamentar mejor que la antigua filosofía, los principios metafísicos y éticos. Es con Kant con quien el concepto de "modernidad" se articula con el de Ilustración en una síntesis de espíritu crítico.

Él le asigna a la Ilustración el carácter emancipatorio por el cual el hombre sale de la tutela de la cual él mismo es responsable. El espíritu crítico aparece así como adverso a la autoridad: en una especie de interpelación tendiente a promover la primacía de la propia racionalidad sobre la sujeción externa, lo que posibilita la autonomía del individuo.

Es una época optimista ante la vida individual y política, de un liberalismo emergente que muestra gran hostilidad respecto de los valores religiosos, políticos y filosóficos del pasado, época en que la libertad uno de los grandes tópicos de la Ilustración. Esto cambia con la consolidación del liberalismo ya en el siglo XIX, el lazo social se vuelve problemático para la integración y la cohesión, incluso para el Estado tal como se venía organizando desde un par de siglos antes.

Según Michel Foucault (1996), en *Idea de una historia universal con propósito cosmopolita*, Kant plantea por vez primera la cuestión del presente, la cuestión de la actualidad: qué pasa hoy?, qué pasa ahora?. Estos interrogantes apuntan a descifrar ciertos elementos del presente que se tratan de reconocer, de distinguir entre todos los demás.

En la respuesta a estos interrogantes Kant procura mostrar que en tanto pensador, científico y filósofo forma parte él mismo de ese proceso y más aún que tiene que desempeñar un rol determinado, por lo que se sentirá a la vez elemento y actor.

Según Foucault, Kant trata entonces de problematizar su propia actualidad discursiva a la que interroga como acontecimiento:

- a) qué tiene que decir de su sentido, de su valor, de su singularidad filosófica
- b) dónde tiene que hallar a la vez su propia razón de ser y el fundamento de lo que dice.

Siguiendo a Foucault, la cuestión de la modernidad había sido planteada en la cultura clásica a través de un eje de dos polos, el de la antigüedad y el de la modernidad. La formulación se hacía como una valoración comparada por medio de una pregunta: ¿son los antiguos superiores a los modernos?

El discurso tiende a volver a tomar en cuenta la actualidad. La nueva interrogación sobre la modernidad tiene que ver entonces con analizar de qué actualidad se habla, cuál es su sentido y qué se hace mientras se habla de esa actualidad. Una de las grandes funciones de la filosofía llamada "moderna", cuyo comienzo puede situarse en las postrimerías del siglo XVIII es interrogarse sobre su propia actualidad.

Kant va a plantearse de nuevo esa pregunta en relación a otro acontecimiento: la Revolución francesa.

Cuando Kant se interroga en *El Conflicto de las facultades*: Hay un progreso constante para el género humano? sostiene que no basta con seguir la trama teleológica que hace posible un progreso, hay que descubrir un acontecimiento que tendrá valor de signo, de una causa permanente que, a lo largo de la historia misma, ha guiado a los hombres en la vía del progreso. Hace falta que sea un signo que demuestre que esto en verdad ha sido siempre así (rememorativo), que las cosas pasan actualmente también así (demostrativo) y que, por último, seguirá pasando permanentemente así (pronóstico).

De modo que la causa que hace posible el progreso no ha actuado simplemente en un momento dado sino que hay una tendencia general del género humano que marcha en el sentido del progreso. El progreso no será solo un progreso material sino también moral.

La respuesta que da Kant a esto, es que no es en los grandes acontecimientos donde debemos buscar el signo rememorativo, demostrativo y el pronóstico del progreso. Es en acontecimientos mucho menos grandiosos, mucho menos perceptibles.

Evidentemente hay una paradoja en decir que la revolución no es un acontecimiento estrepitoso. Para Kant lo que da sentido y lo que va a constituir el signo de progreso es que por todos lados en torno a la revolución hay una especie de simpatía, de aspiración que bordea el entusiasmo.

Lo importante no es la revolución misma sino lo que pasa en la cabeza de quienes no la hacen o en todo caso no son sus actores principales. Es la relación que ellos mismos tienen con esa revolución de la que no son los agentes activos.

El entusiasmo por la revolución es signo para Kant de una disposición moral de la humanidad que se manifiesta de dos maneras: en el derecho de todos los pueblos de darse una Constitución política, es decir un estado de derecho que asegure la igualdad jurídica y un estado universal donde hayan desaparecido las luchas entre los países.

La revolución como espectáculo, como foco de entusiasmo para los que asisten a ella y no como principio de conmoción para los que participan en ella, es un signo rememorativo porque revela esa disposición presente desde el origen, es un signo demostrativo porque demuestra la eficacia presente de esa disposición y es también un signo pronóstico porque si bien hay resultados de la revolución que pueden ser cuestionados, no se puede olvidar la disposición que se ha revelado a través de ella.

La razón

Kant sostiene que "Ilustración es la salida del hombre de su culpable minoría de edad. Minoría de edad es la imposibilidad de servirse de su entendimiento sin la guía de otro. Esta imposibilidad es culpable cuando la

causa no reside en la falta de entendimiento, sino de decisión y valor para servirse del suyo sin la guía de otro.” (Kant, 1999:63)

Las causas por las que gran parte de los hombres no tienen valor de servirse de su propia racionalidad, son la pereza y la cobardía porque es muy cómodo ser “menor de edad”, no hay que esforzarse, es más sencillo ser “tutelados”.

Son pocos los que con el trabajo de su espíritu, logran superar esta minoría de edad y seguir con paso seguro, de modo que para Kant se debe obedecer la autoridad de la elite ilustrada hasta que las luces, a través del progreso, se hayan difundido en toda la comunidad.

El concepto de universalidad que surge en la modernidad permite pensar al hombre con un carácter igualitario basado en su condición racional. Por ser una persona racional entonces puede comprender los valores universales. Sin embargo esta concepción de universalidad no se refleja en el origen del Trabajo Social ni en las reflexiones teóricas posteriores. Los problemas sociales se abordaban desde lo individual o lo patológico, como disfuncionalidades que debían ser corregidas, sin tomar en cuenta el origen social de las diferencias. El ajuste, la adaptación ,el disciplinamiento que formaron parte de las prácticas iniciales y de las matrices originarias del Trabajo Social, son conceptos que no reconocen los derechos universales de los hombres. De esta forma se procuraba intervenir en los lugares donde lo social se volvía problemático y donde era necesario “restaurar”el orden existente.

“De este modo, el destino de los individuos era ‘preestablecido’, según su pertenencia a determinada clase social, etnia, cultura o la posesión de ciertas enfermedades o conductas que atentaran contra el orden establecido, y en muchos casos hasta por sus rasgos físicos, sin posibilidad de cambios y lógicamente sin derecho a la felicidad”.(Parra, G. 1999:93)

Podemos ver en el origen del Trabajo Social siguiendo la tesis de Marilda Yamamoto, que “el asistente social es solicitado no tanto por el carácter propiamente ‘tecnico-especializado de sus acciones, sino antes y básicamente, por las funciones de cuño ‘educativo’, ‘moralizador’ y disciplinador’ (...) el Asistente Social aparece como el profesional de la coerción y del consenso, cuya acción recae en el campo político”(Yamamoto, 1997: 145). En este sentido y con esta forma de intervención profesional, al decir de Kant, se impide la salida de las personas de esa “culpable minoría de edad”, tutelando y adaptando a los sujetos a determinado orden social, obstaculizando el desarrollo de su autonomía.

La libertad

La única forma para que un público se ilustre a sí mismo según Kant, es si se lo deja en libertad. La libertad es la posibilidad de hacer uso público en

todas partes de su razón. Pero Kant dice que en todos lados escucha exclamar: "No razonéis!, ejercítate". El consejero de hacienda: No razones, sino paga! El clérigo: No razones, sino cree!. Por todas partes existe limitación de la libertad.

"Acaso mediante una revolución sobrevenga un derrocamiento del despotismo personal y de la opresión acaparadora y dominante, pero nunca la verdadera reforma del modo de pensar; sino que nuevos prejuicios, tanto incluso como los viejos, servirán de riendas de la gran muchedumbre carente de pensamiento." (Kant, I.,1999:65)

Pero qué limita la ilustración y qué la fomenta? El uso público de la razón deber ser en todo momento libre y solo esto puede llevar a los hombres al estado de ilustración; su uso privado debe ser, a menudo, limitado sin que dificulte el progreso de la ilustración.

El uso público es el uso que alguien, en calidad de docto, puede hacer de su propia razón ante el público entero del mundo de lectores. El uso privado es el uso que de su razón está permitido hacer en un puesto civil, o función que se le ha confiado y tiene límites institucionales. En ciertas tareas que se emprenden en interés de la república, es necesario cierto mecanismo para comportarse de manera pasiva.

Así, Kant diferencia el uso público y privado que de la razón hacen los sacerdotes. El uso que de su razón hace un administrador de la doctrina ante su congregación es de uso privado. Como sacerdote, no es libre ni puede hacerlo puesto que administra un mandato ajeno.

"Por el contrario, como docto, que por escrito habla al público auténtico, o sea, al mundo, el clérigo, en el *uso público* de su razón, goza de una libertad ilimitada para servirse de su propia razón y hablar en persona. Que los tutores del pueblo (en asuntos espirituales) deban volver a ser menores de edad es un absurdo, que acaba en la perpetuación de los absurdos." (Kant, I. 1999:66)

Resultaría muy perturbador que un oficial al recibir una orden de sus superiores razone en voz alta durante el servicio; debe obedecer. Pero no se le puede prohibir que, como docto, haga observaciones sobre los errores del servicio militar y los exponga al juicio de su público.

Del mismo modo el clérigo predica a su congregación según el símbolo de la iglesia a la que sirve, pero como docto tiene plena libertad e incluso la vocación de comunicar al público todos sus pensamientos sobre los defectos de la iglesia y las propuestas para mejorarla.

Para Kant es absolutamente ilícito ponerse de acuerdo sobre una constitución religiosa perdurable de la que nadie pudiera dudar en público. De esta forma se destruye un período en la marcha de la humanidad hacia su mejoramiento, dejándolo estéril y perjudicial para la posteridad.

Un hombre puede, por algún tiempo, aplazar la ilustración, pero no renunciar a ella, no sólo en lo que a su persona concierne sino también en lo que concierne a la posteridad. Renunciar, significa vulnerar y pisotear los

derechos sagrados de la humanidad. Kant sostiene que la suya no es una época ilustrada pero sí una época de ilustración. Hay señales de que se ha abierto el campo para trabajar libremente y de que los obstáculos para una ilustración general son cada vez menos. Esta es la época de la ilustración o el siglo de Federico, un príncipe que no se considera indigno al declarar que tiene por deber no prescribir a los hombres nada en materia de religión, sino que les deja a este respecto plena libertad, en lo que es asunto de la conciencia, para servirse de su propia razón.

“Este espíritu de libertad se extiende también hacia fuera, incluso donde ha de contender con los obstáculos exteriores de un gobierno que se ha malentendido a sí mismo. Este ejemplo ilumina cómo en libertad, no se ha de estar preocupado respecto de la tranquilidad pública y la unidad de la república. Los hombres salen poco a poco con su trabajo de su estado de rudeza, no se trata de mantenerlos en él de un modo absolutamente artificial.”(Kant, I.1999:70)

El punto principal de la ilustración es la utilización de la razón principalmente en asuntos religiosos, pues de las artes y las ciencias los señores carecen de interés en ejercer tutela sobre sus súbditos.

Un jefe de estado que favorece la ilustración va más allá en lo que respecta a la legislación, al permitir que sus súbditos hagan uso público de su propia razón y expongan públicamente al mundo sus pensamientos en relación a la mejor institución, criticando incluso las existentes. Precisamente, el deseo del hombre de separarse, de distinguirse, de competir con los otros, es lo que permite el progreso, que se abandone la barbarie y que se avance en la civilización.

Si analizamos el tema de la libertad en el origen del Trabajo Social, el lugar atribuido a la intervención era inmiscuirse en la vida privada de los sectores dominados con el objeto de ejercer control social en su vida cotidiana. Dado el patrón de civilidad reinante, era necesario mantener un determinado “orden”, evitando los disturbios y manifestaciones populares, para garantizar la continuidad del Estado liberal. Con respecto a la autonomía económica, referido a la producción de bienes y servicios, el Trabajo Social se abocó a la tarea de capacitar y disciplinar para la producción y el trabajo y al mismo tiempo instrumentó formas de clasificación de los sectores que podrían recibir beneficios bajo una forma benefactora y paternalista de un Estado Social que comienza a tomar forma ya en el siglo XIX.

La emancipación

Para el filósofo el gran instrumento que el hombre tiene es su razón. En ella radica la emancipación del hombre porque es la única fuente de la norma

verdadera del conocer y del obrar. Para conocer los fines propios del hombre el medio más eficaz es la ciencia concreta, práctica y experimental.

La libertad es el origen y el fin de las acciones humanas; se proclama la libertad absoluta de pensar y de obrar, lo que significa la emancipación de toda tradición y de toda autoridad apoyada en esa tradición. De lo que se trata es de encontrar un mandato al que se debe obedecer incondicionalmente por el hecho de que éste es racional. Esto garantiza que la búsqueda individual de un fin moral particular es compatible con un fin moral universal, puesto que la persona como ser racional debe ser lo que todos los hombre quieren. En la obediencia a la ley universal radica la igualdad profunda de los hombres.

En este sentido, coincidimos con Gustavo Parra en que el gran movimiento de la Ilustración dio lugar a proyectos políticos sustentados en el progreso científico y técnico; por lo tanto, material, pero también moral y político. Es a partir de la razón moderna cuando el hombre logra despojarse de la dependencia y el dogmatismo de concepciones religiosas y se abren nuevas posibilidades de concebir el mundo.

Esta racionalidad tiene un marcado carácter antropocéntrico: es el hombre quien puede dar explicaciones sobre fenómenos naturales y quien, a través de este conocimiento, puede también intervenir sobre la naturaleza.

Ahora bien, si consideramos la autonomía intelectual como razón libre de dogmatismos y tutelas, el Trabajo Social, en su origen, aplicó la razón instrumental, estableciendo procedimientos, realizando tipologías y clasificaciones, orientados principalmente al control, subordinación y manipulación de los sectores con los cuales trabajaba, utilizando la moral y la obediencia como sustento de su discurso y reduciendo su intervención a procesos burocrático-administrativos. Con esta forma de intervención profesional se obstaculiza la posibilidad del acceso a la racionalidad emancipadora.

2. Kant y su pensamiento ético-político

La individualidad

Podemos destacar que cada formulación filosófica o política aporta nuevos elementos en el desarrollo del pensamiento moderno.

Kant sostiene que el hombre tiene una inclinación a entrar en sociedad porque así siente el desarrollo de sus disposiciones naturales. También tiene tendencia a aislarse, porque tropieza con su cualidad antisocial, que debe combatir para evitar que la sociedad se disuelva.

La "insociable sociabilidad" del hombre (su tendencia al egoísmo y a aislarse) es lo que le permite separarse, distinguirse, individualizarse y al

mismo tiempo competir con otros, lo que posibilita el progreso y el desarrollo de la civilización.

Universalidad e igualdad

El filósofo rompe con la moral cristiana, plantea nuevas teorías acerca del bienestar y la felicidad humanas, ubicando la idea del “deber ser” en un único principio del bien que no proviene de una ley divina, ni de la autoridad, ni de las convenciones sociales, sino de un ideal universal, compartido por toda la especie humana. La ética de Kant es una ética autónoma.

La existencia de este ideal de todos nos lleva a un aspecto fundamental de su filosofía, con gran vigencia aún en la actualidad: la ética social y política que actúa como telón de fondo de ese famoso “deber ser” de las sociedades humanas. La moral será la encargada de investigar las leyes de lo que “debe ser”. La buena voluntad, o razón práctica es fuente de la moralidad.

Esta ética tiene repercusiones en el plano de la política y del Estado modernos. La ley moral es el fundamento de toda constitución política posible.

La ley moral se vuelve un imperativo categórico que Kant pondrá en juego con las categorías de universalidad e igualdad.

Para Kant la ley moral promueve “ponerse en el lugar del otro” que es la base de una aplicación justa de cualquier ley.

Como sujeto moral, la razón práctica del hombre es la fuente de las normas e imperativos de la voluntad.

En su análisis del concepto de felicidad, tal como se entiende en su época, es el poder, la riqueza, el honor, la salud, el bienestar y la conformidad con una situación, lo que empuja al hombre a dejarse llevar por sus impulsos o por su mera empiricidad.

Esto es lo opuesto a la libertad, no es ninguna garantía de universalidad y de moralidad. En cambio si el hombre obra solamente por deber hacia la norma, puede tener la seguridad de que no lo está haciendo para perseguir un fin egoísta, por lo que Kant propone una *moral del deber* (que recibió el nombre de moral rigorista) y no de la felicidad.

Quien obra el bien buscando la felicidad, está supeditando la acción moral a algo que está fuera de la acción misma. Se trata de una moral imperfecta, por lo que Kant propone una ética formal que no dice qué hay que hacer en cada caso, sino solo la forma que debe tener el imperativo moral de la voluntad.

Su idea predilecta es la que sostiene que el objetivo final del género humano es conseguir una constitución política lo más perfecta posible y cree que la historia de la humanidad nos debe mostrar hasta qué punto nos

aproximamos a esa meta en las diferentes épocas, cuánto nos distanciamos de ella o lo que aún queda para alcanzarla.

Kant, abandona la visión atomística de la moral reducida a la conciencia individual y plantea fines morales para la especie humana. Pero como la especie es la concreción empírica, natural de la humanidad espiritual, es necesario que estos fines se realicen en el tiempo. La moral y el progreso no son ya independientes una de otra y a medida que la especie progresa, se acercará al ideal moral incondicionado.

Su filosofía es optimista hacia el futuro. Es fiel al ideal republicano, desconfía de la democracia, el gobierno popular, y le parece más adecuada la autoridad de una élite ilustrada a la que se deba obediencia por la racionalidad de las leyes que se dicten, hasta que las luces, a través del progreso, se hayan difundido en toda la comunidad.

Podemos señalar dos dificultades en el pensamiento de Kant. En primer lugar, pareciera que el hombre puede realizar su vida moral de manera individual y que este ideal moral es solo para algunos pocos: aquellos capaces de elevarse sobre la moralidad egoísta de la sociedad burguesa. Pero está claro para nosotros que la madurez moral de algunos no necesariamente implica la madurez moral de la comunidad de los hombres.

En segundo lugar, este ideal práctico-regulativo de la fraternidad parece ser inalcanzable para la humanidad, si no se encarna en instituciones sociales o políticas. Esto intenta resolverlo con el planteo de que si la igualdad inserta en la libertad es obligación para todos, debe ser posible para todos y de esta manera el "como si" del imperativo categórico puede convertirse en algo real.

Por el contrario con el avance de las tradiciones conservadoras en la consolidación del liberalismo, la intervención en lo social adquiere una dimensión moralizadora, que transforma los conflictos sociales en problemas individuales que deben ser corregidos.

En este enfoque, en que compartiendo la perspectiva histórico-crítica de la génesis del Trabajo Social en cuanto profesión y en cuanto práctica, en su emergencia e institucionalización, consideramos que la profesión surgió con un carácter conservador, oponiéndose al proyecto de la modernidad, entendido éste como proyecto emancipador del hombre y comprometido con la libertad de todos los individuos, en el que es central el pensamiento de Kant.

"Tal vez sea preciso recordar que la génesis y el desarrollo del Trabajo Social de origen católico (que al final parametró largamente nuestro Trabajo Social) fueron decididamente antimodernos: la profesión nació y se desarrolló como parte del programa de la antimodernidad, reaccionando ante la secularización, la laicización, la libertad de pensamiento, la autonomía individual, etc. No por casualidad, la dirección social estratégica dominante en su interior se vincula a un proyecto social y político que rechazaba el liberalismo y el socialismo (proyectos claramente modernos); se vinculaba a un

conservadurismo que, en la perspectiva del anticapitalismo romántico, jamás colisionó con ingenierías sociales ‘orgánicas’, de carácter corporativo” (Neto, J. P. 1996:92)

Solo si comprendemos la profesión en su origen como históricamente situada, dependiente de la dinámica de las relaciones entre las incipientes clases sociales y de éstas con el estado y con fuertes vínculos con las diversas formas de organización social, podremos avanzar en el proceso de construcción de la identidad profesional.

La referencia a Kant nos permite reflexionar sobre las principales categorías de la modernidad: universalidad, individualidad y autonomía. En el recorrido histórico realizado, podemos ver cómo el Trabajo Social, en su origen e institucionalización, surgió con una fuerte marca conservadora y antimoderna, lo que se tradujo en prácticas tutelares, normatizadoras y moralizantes de comportamientos y conductas, que aún perduran en algunas intervenciones profesionales actuales.

Palabras Finales

Con el pensamiento de Kant adquiere fuerza el “deber ser” de las sociedades humanas, y el objetivo es conseguir una constitución política lo más perfecta posible, con un ideal universal compartido por toda la especie humana, a fin de mantener el contrato social.

El autor considera que la única forma de superar los límites a la libertad es la autonomía de la razón y le da a una élite ilustrada el papel de autoridad a la que se debe obedecer porque puede legislar y aplicar la ley moral.

Históricamente, si bien el positivismo surge a fines del siglo XVIII como una idea de caminar hacia la emancipación del hombre en cuanto ser social y de desentrañar las “pasiones e intereses” de las clases dominantes, se produce ante el desarrollo del capitalismo y con la consolidación del liberalismo en el siglo XIX, un predominio de la razón instrumental sobre la razón emancipatoria, lo que se traduce en una tendencia a la conservación del orden establecido.

Podemos considerar entonces que a partir de este momento se desarrolla el pensamiento conservador en el sentido de la justificación de lo establecido y por lo tanto no susceptible de ser modificado.

El advenimiento del siglo XIX, considerado como el siglo de la “cuestión social” aparece con una problemática tan severa que hace que la sociedad se pregunte cuál es la base del lazo social y se trate de evitar la desintegración social y la desaparición de la Nación.

Entonces el Trabajo Social en su institucionalización, en las primeras organizaciones donde encontramos los antecedentes de la profesión (London Charity Organization, 1869) avanzó con un carácter conservador, mediado por una alianza entre burguesía, Iglesia y Estado, aceptando el modo capitalista de

producción y de pensar, a través de prácticas tutelares, normatizadoras y moralizadoras de comportamientos y conductas, alejándose del pensamiento de Kant y de las aspiraciones del proyecto de la modernidad sintetizado en las ideas de universalidad, individualidad y autonomía.

El “deber ser” es aplicado, justificando el desarrollo y expansión del modo de producción del capitalismo y el poder de la burguesía, generalizando la imagen del capitalismo como un régimen irreversible, justo y adecuado.

Por esta razón es necesario profundizar el análisis de las categorías fundantes del proyecto de la modernidad porque no se trata del fracaso del proyecto sino en todo caso, de un proyecto inconcluso, que como decíamos antes, hay que refundar.

En este sentido los Trabajadores Sociales tenemos que reconocer el origen antimoderno de la profesión, los rasgos de conservadurismo que aún perduran en algunas prácticas profesionales para superarlas críticamente, construyendo nuestra identidad desde una perspectiva histórica. Recorriendo este camino, podremos afianzar prácticas emancipatorias que permitan transformar realidades desde una perspectiva de construcción de ciudadanía.

Bibliografía

DURKHEIM, Emile. *Las Reglas del método sociológico*. Madrid, Editorial Alianza, 1988.

FOUCAULT, M. *Qué es la Ilustración?*. Córdoba, Alción Editora, 1996.

FOSCOLO, Norma. *Curso de Filosofía Social y Política*. Trabajos de cátedra. 2001.

HIRSCHBERGER, J. *Breve Historia de la Filosofía*. Barcelona, Herder, 1998.

IAMAMOTO, Maria Villela. *Renovacao y conservadorismo no Serviço Social*. Sao Paulo, Cortez Editora, 1995.

_____. *Servicio Social y división del trabajo. Un análisis crítico de sus fundamentos*. Sao Paulo Cortez Editora, 1997

KANT, IMMANUEL. *En defensa de la Ilustración*. Alba Editorial, Barcelona, 1999.

MARTINELLI, Maria Lucia. *Servicio Social, identidad y alienación*. Sao Paulo, 1997.

NETO, Jose Paulo. *Transformações societárias e Serviço Social. Notas para uma análise prospectiva de profissao no Brasil*. Revista Serviço Social e Sociedade, Nº50, Sao Paulo, 1996

Revista Confluencia, año 1, número 4, otoño 2004, Mendoza, Argentina,

ISSN 1667-6394

_____. *Capitalismo monopolista y servicio social*. Sao Paulo, Cortez Editoria 1992.

PARRA, Gustavo. *Antimodernidad y Trabajo Social*. Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Luján, 1999